

## EL ATAÚD de Raquel Martínez

---

Mi espíritu devanea entre el más allá y esta habitación llena de humo mientras sostengo un montón de papeles entre mis manos. Se encuentran indecorosamente sucias con la tinta de la noche anterior: pinceladas de azul Klein se concentran alrededor de mis uñas mordidas y se ocultan también bajo algunos de mis anillos.

La noche anterior, ¡qué noche! No logro hacer ciertos recuerdos de sueños caer en el olvido. Aunque tal vez debería no hacerlo. Mis encriptados escritos y mi corta memoria me han dado informaciones con las que he procurado mantenerme atento cada segundo de la mañana desde que he despertado en mi habitación.

Desde bien joven he sufrido de un acusado sonambulismo. Pero no uno cualquiera. No el que hace a los hombres levantarse del lecho en su letargo y pasear por su casa como si despiertos se hallasen, sino uno que me hace vivir dormido para escribir y delirar en sueños.

Habitualmente, cuando eso sucede, tomo asiento en mi butaca roja de terciopelo, justo enfrente del retrato en óleo de mi difunta hermana, me hago con mi querida Parker y un soporte y comienzo a vaciar mis sueños como si no hubiese un mañana. Jeroglíficos, palabras encima de otras, huellas dactilares impresas sobre el papel como el carmín rojo de los labios de una mujer. Escribo mis pensamientos, mis temores, apunto todo aquello acontecido en mi curioso Reino del Sueño durante esa noche. Logro encontrarme en dos mundos al mismo tiempo, desdoblarme en dos yos distintos, siendo solamente una forma corpórea.

Anoche no fue ninguna excepción, he de decir. Una vez más, releo mi manuscrito con pavor mientras trato de limpiarme las manos ensangrentadas de tinta (sin éxito) con un paño de algodón.

Estas paredes no dejan de crujir, siento el peso de sus vigas sobre mis hombros y mis vértebras. He conseguido salir de la sala principal, mi padre y madre se encontraban los dos muy felices, pero yo... yo no lograba sonreír como si de verdad sintiera curiosidad por los contactos de conveniencia que han invitado a su pretenciosa fiesta de Fin de Año.

¿Podré acaso esconderme en algún lugar seguro? Un lugar en el que nadie sospeche que pueda estar, como el sótano. Donde mi madre tal vez guarde sus vestidos de fiesta caducados y las maquetas de trenes en miniatura que me gustaba tanto construir de niño. El bienaventurado lugar de cualquier objeto que se precie lo

suficiente para ser conservado (y olvidado durante una suma considerable de años). Tal vez merezca estar allí abajo llegado este punto de mi vida, cuando no soy lo suficientemente joven, ni viejo, como para requerir de la atención de nadie.

En mi descenso al sótano un hedor a hollín y a moho envuelve mis entumecidas fosas nasales. Arrecia un temporal en el exterior, se escuchan las gotas de lluvia repicar sobre los ventanales del pasillo y la acusada humedad acrecenta los mencionados olores hasta el hartazgo.

Desciendo a tientas el último tramo de la escalera hasta aterrizar con ambos pies en un suelo de madera que en absoluto cruje, pues se halla totalmente mojado. Lo siento en las suelas de mis mocasines.

Una oscuridad insondable me envuelve. No obstante, algún resquicio de luz debe entrar por algún lugar, puesto que veo algunos puntos brillantes en el fondo de la estancia. Siento un profundo escalofrío en el mi columna vertebral.

No recordaba este lugar, y si he estado aquí alguna vez, era tan pequeño que no tenía uso de razón. Mis padres me habían hablado del sótano en días anodinos, de forma cotidiana. Mas yo siempre he tenido la creencia de que la mejor forma de esconder algo es actuando como si este algo fuese en absoluto un secreto.

Trato de moverme con cautela, buscando lo que se pueda parecer a una candela. No hay interruptores. En esta casa jamás hemos tenido electricidad. Funcionamos con velas y en las noches de invierno nos conformamos con sopa caliente, mantas y el periódico o un buen libro.

De manera fortuita le doy un golpe con el pie a un candelero portátil deformado. Trato de hacerme con él, formo una auténtica odisea para sostenerlo entre mis manos. Caigo sentado al suelo, empapándome los pantalones. Trato de secarlo con mi camisa. Ahora solo necesito una cerilla de mi bolsillo. Siempre llevamos una caja en caso de necesidad. A falta de electricidad, abundancia de cerillas.

Tras un par de intentos logro prender una llama consistente y consigo ver mis alrededores con claridad. La sala no es tan grande como imaginaba (o recordaba, si de verdad estuve aquí alguna vez).

A mi frente hay un par de cajas de madera bien selladas, con libros y más libros sobre ellas. La pared tras ellos es de color verdoso, un extraño microcosmos floral ha crecido de entre los ladrillos. Aunque, no solo se extiende por esa pared: doy vueltas sobre mí mismo y me percato de que una sinuosa cortina de buganvilla oscura envuelve toda la pared del sótano. A la luz del fuego, las flores se muerden como bestias salvajes en medio de una contienda voraz y al mismo tiempo se sostienen unas a otras en una macabra danza, para terminar arremolinándose en torno a una figura latente en la oscuridad. De ella nacen los puntos brillantes que vi antes.

Un ataúd.

Negro, limpio, encerado.

Brillante, tallado en oscura madera, cual escultura de porcelana.

Una perfecta vestidura para acoger a la Muerte.

Sin más dilación y preguntándome qué diablos está haciendo un ataúd en el sótano de mi casa, en la que llevo viviendo veinticinco años, decido acercarme a él con el corazón encogido. Con cuidado, deslizo su lustrosa tapa hacia el costado, sin saber bien cómo, ni por qué lo hago.

Mi primer pensamiento es que esto no debería estar aquí, y yo tampoco. Pero lo que veo me arrebató el aliento, la respiración. Quedo pálido como un cadáver en cuanto veo la sombra de la duda no a mi espalda, sino delante de mis ojos palpitantes.

Hay alguien dentro. Pálido, como un cadáver.

Alguien como yo.

Horrorizado, destapo del todo la caja fúnebre de un manotazo. Mis piernas, arqueadas hacia atrás, desean salir corriendo para dejar de ver tan horrible escena. Pero no pueden. El espacio a mi alrededor está bloqueado, las flores rezuman un veneno soporífero y febril y las enredaderas se despegan de la pared para atraparme, todo se turba a mi alrededor y este lugar se convierte en un lugar que dista mucho de mi hogar.

Siento terror y siento fascinación. No puedo dejar de mirarme. Tumbado sobre el terciopelo rojo, tan calmado y ajeno a todo, justo debajo del comedor en el que tomamos el almuerzo todos los días, bajo la cama en la que descanso cada noche, bajo todos esos pasillos por los que corrí y grité cuando no era más que un niño.

Qué horror vivir estando ya muerto...

Escaleras arriba, escucho unos fuegos artificiales pasados por agua que en absoluto me sacan de mi terrible estado. De hecho, la última campanada del año viene acompañada de un suceso que me hace exhalar un grito de pánico.

De improviso, como si me hubiesen clavado un cuchillo en el corazón, veo los azules ojos del muerto (mis ojos) abrirse de par en par. Miran fijamente dentro de los míos, casi arrebatándome el último suspiro de vida.

Solamente soy una paradoja de mi propia existencia.

La tinta azul al fin ha desaparecido de mis manos cuando terminé de leer una vez más mi diario de la noche anterior. Suspiro, con el pecho y los pulmones llenos de ansiedad al saber el lugar y la forma en que moriré. ¿O debería decir morí?

Aspiro el olor a pipa que emanan los muebles de mi habitación que, al juntarse con mis nervios, me produce una sensación nauseabunda. Tal vez debería dejar de fumar

si no quiero terminar en ese ataúd. Ese es mi último pensamiento antes de tomar mi decisión.

Semanas después de mi sueño, decido marcharme. Para siempre. Les dejo una nota a mis padres con mi mejor caligrafía, con la esperanza de que comprendan que no puedo seguir existiendo bajo este techo, pues la muerte me persigue y vela por mí a cada segundo de reloj.

Pasen los años, pasen las estaciones cuando y como quieran, que juro alejarme cada vez más de este hediondo y podrido lugar. Desaparezca toda duda de las mentes de mis familiares, pues no volveré. Será ahora el mundo mi hogar, y yo un bohemio viajero por los rincones del terrenal paraíso, pues existe hoy un infierno bajo mis pies que me niego a volver a pisar.

Vuestro hijo

Es una buena tarde, huele a ambientador de jazmín y a Atlántico y no quiero despertar de este agradable hiato. Estoy tumbado en la cama de un hostel barato en la costa de Setúbal, rodeado de naturaleza y playas paradisíacas.

Pero, desde que me marché, no he dejado de ver el ataúd envolviéndome con sus brazos oscuros y las flores inyectándome fiebres imposibles en las venas. No he dejado de verlo, pues me encuentro allí, y sé que he de unirme con el ser que soy en realidad.

He visto paisajes hermosos, he buscado un lugar al que llamar hogar en este vasto mundo pero, desde aquel día, nada ha vuelto a tener sentido. Es como si estuviese muerto. Como si siempre lo hubiese estado. Aquella imagen no fue más que una visión de la realidad que me espera. Un acontecimiento que sucederá y que en realidad ya ha sucedido.

No podré esconderme más. ¿A dónde iremos donde la muerte no existe? Al fin y al cabo, nadie vivirá para siempre, ni tan solo yo. Solo afirmo que, si he de irme, por favor sea con esas buganvillas negras. A ese ataúd aterciopelado. Que esté ese lugar reservado para cuando marche a habitar el descanso eterno.

Venga a mí la plácida Muerte, que la esperaré. Y si no, será mi deber huir de ella para poder encontrarla.